



Núm. 19 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Mayo 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 12 rs.	Provincias.	Tres meses. 38 rs.
	Tres meses. 32		Seis meses. 74
	Seis meses. 62		Un año. 144
	Un año. 420		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 8 rs.	Provincias.	Tres meses. 24 rs.
	Tres meses. 20		Seis meses. 46
	Seis meses. 38		Un año. 84
	Un año. 72		

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guizarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P. del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del CORREO DE LA MODA, calle del Carmen, 21, 4.º; en Valenci, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En Paris Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

La romería de San Isidro, por Ventura Ruiz Aguilera. — *La salida del puerto*, por Arturo Saborit y Thomas. — *A la Santísima Virgen*, poesía, por Josefa Sevillano de Roby. — *Las flores*, poesía, por Luciano García del Real. — *Zinska*, por Ángela Grassi. — *La Primavera*, por el Dr. Lopez de la Vega. — *La Habana*. — *El Monasterio de las Huelgas*. — *Modestia y Vanidad*, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Explicacion del figurin*. — *VARIEDADES*. — *Charadas*.

GRABADOS.—La romería de San Isidro en Madrid.—Vista de la Habana. — Monasterio de las Huelgas.

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

El mes de las flores ha mediado: vándose cubriendo las praderas de verdura, públanse de aves las arboledas, los aires se impregnan de suaves aromas, y un sol tibio y sereno inunda de luz los campos, las selvas y las ciudades. Tú especialmente, Madrid, tú, que has pasado el invierno aterido de frío y durmiendo como una marmota, acurrucado como un raton en el agujero de un cuarto bajo sombrío, húmedo y desmantelado, si eres el Madrid pobre; ó bien repantigado en muelle butaca junto á la chimenea confortable que esparcía dulcísimo calor en

tus lindos gabinetes, si eres el Madrid rico; tú debes echar hoy una cana al aire y ponerte el traje domingue-ro. Ea, pues, arroja á lo alto el sombrero de seda, si perteneces al Madrid rico; ó el chato calañés de áspero fieltro, si perteneces al Madrid pobre; y saluda al 15 de Mayo con el cariño y la alegría del novio que ve llegar su novia á la cita; con la efusion del amigo que abraza al amigo que se le presenta despues de una larga ausencia; con el júbilo de un verdadero amante de las glorias literarias de su país, cuando lee una obra de la cual puede al fin decir: ¡esto es algo!



LA ROMERIA DE SAN ISIDRO EN MADRID.

Ayuntamiento de Madrid

[El 15 de Mayo! ¡Ahí es nada! ¡Sabeis lo que significa el 15 de Mayo? La resurrección de Madrid, la libertad de la encogida crisálida que, rompiendo su capullo, sale ya trasformada en mariposa y vuela de flor en flor, de sitio en sitio, sin fijarse en ninguno, imitando la veleidad de las coquetas, y luciendo á los rayos del sol sus alas de oro salpicadas de colores.

Pero dejémonos de metáforas, y hablemos de la fiesta que se celebra en el día de San Isidro, patron de Madrid, que es el objeto principal de este artículo.

La citada fiesta no es otra que la famosa *romería* de los habitantes de la heroica villa á la ermita del santo labrador, que está al otro lado del humilde Manzanares, conforme vamos de Madrid, y cuya piadosa fundación se debió á la esposa de Carlos V, la emperatriz Isabel, quien la llevó á cabo por los años de 1528, á consecuencia de haber recobrado la salud el príncipe D. Felipe, su hijo, con el agua de la fuente inmediata, abierta por el santo con un instrumento de labranza, según la tradición.

Situada la capilla en uno de los cerros más altos de las cercanías de la corte, domina desde aquel punto una grande extensión de terreno sembrado de verdes huertas y alamedas que agitan sus ramajes al soplo de los céfiros primaverales. Distínguense en primer término los amenos arbolados del canal, las orillas del río cuya incomparable mansedumbre ha celebrado la musa zumbona de Quevedo; y en progresiva lontananza, á derecha é izquierda, por detrás y por delante, parte del sitio del Buen Retiro, varios pueblecitos de los alrededores de Madrid, los jardines y bosquecillos que hácia la izquierda del río parece así como que han nacido al contacto de una vara mágica á los pies del real palacio; testigos la Cuesta de la Vega, el Campo del Moro y la Montaña del Príncipe Pio. Allí en los últimos límites del horizonte se ven las cumbres del Guadarrama, cubiertas con su manto de nieve; y todos estos pintorescos paisajes forman un singular contraste con la desnudez ó miserable cultivo que por otros lados de la corte se descubre. Allí en la colina de la ermita, el cielo es mas azul, el aire más puro y diáfano, más clara la luz y la vegetación más risueña.

Desde tres ó cuatro días antes del 15, suceden á la ordinaria soledad y silencio del santuario y sus avenidas, una animación extraña, un ir y venir de gente, un tránsito de carros y caballerías, que claramente indican la gran solemnidad que se acerca. Y aunque en la corte no es fácil notar en su principio este movimiento, como no se nota en el Océano el de una pequeña corriente contraria á la de la inmensa mole de agua que le constituye; el observador atento, y mucho mejor si sobre atento es curioso, echa de ver que las confiterías ostentan en sus escaparates desde la rosquilla modesta hasta el soberbio roscón, dedicados por los confeccionadores de estas y otras golosinas al patron de Madrid; todo, por supuesto, para mayor honra y gloria de... sus bolsillos, pese á la dedicatoria. ¡Mas valia que los señores confiteros, para celebrar de una manera digna de loa la notable festividad, regalasen al consumidor, ya que los tiempos están escasos, los productos de su melosa industria, imitando así la conducta de San Isidro, cuya pródiga mano siempre estuvo abierta para los pobres. Bien sabemos que los confiteros responderán disculpándose con lo que hacen los fondistas, quienes á su vez, y sin respeto á la conveniencia del prógimo, suben el precio de los géneros que ponen á la venta, dejándonos por puertas, como dice el refrán, con el aumento de la contribución, especialmente en el artículo *pasteles*. ¡Pasteleros! Lo peor es que nos darán gato por liebre. También los taberneros y licoristas siguen tan reprehensible ejemplo; aunque si bien se examina, consideran las operaciones hidráulicas á que se dedican en semejantes días, con afán digno de mejor causa, como otras tantas aplicaciones provechosas de los principios fundamentales de la higiene... tabernaria y licorera. Como es tan fuerte el vino que recogen en las fuentes de Madrid, le mezclan con un poco de jugo de la uva, para suavizarlo. Por otra parte (y es hasta donde puede llevarse el interés por la salud del prógimo), no consienten que á los bebedores se les suba el santo al cielo, precisamente cuando desean que les asista en la tierra.

Hablemos ya del día grande, del día 15, del día esencialmente madrileño.

La corte es una feria, la calle de Toledo una Babel, y las avenidas del Canal y de la ermita, infiernos abreviados: cruzan carruajes de diversos tamaños y de todas épocas, en las más opuestas direcciones, y principalmente siguiendo la que conduce al santuario, el charavan ligero; la tartana, vehículo oriundo de la tierra del arroz y de las chufas; la pesada galera; el carro-mato perezoso; el tres por ciento vivaracho de nuestras notabilidades *financieras*, como ahora se dice, y *burocráticas*, como no se había dicho hasta ahora; el venerable coche de principios del siglo, especie de castillo gótico, medio derruido;

recuerdo vivo, aunque viejo, del sistema ambulativo de nuestros abuelos; arca de Noé, que trasporta por entre oleadas de gente, colecciones de vetustas familias, en las que se distingue cierto sello antidiluviano: nido de aves raras á los ojos de los *dandys* que las flechan sus audaces lentes; la calesa clásica del año ocho, pintarrajeada, retonzona, saltarina, *independiente*, de rompe y rasga, que se cantonea, y se mece y brinca como una loca embriagada, y aturde con el *dilin, dilin, dilin*, inacabable de los racimos de cascabeles y campanillas que ostenta el gallardo (licencia poética) bruto que la arrastra desempedrando la calle que por raro privilegio está empedrada; la carretela aristocrática, de figura de góndola veneciana, antítesis del coche feudal y de los simones de alquiler, de los cuales todavía quedan algunos desventurados que afrontan y ruborizan á nuestra rozagante y charolada civilización; el caballo que relincha y caracolea lujosamente enjaezado y al trote; la mula prudente que camina á paso lento como la regeneración de España, cargada de escabeche, naranjas, pellejos de vino, caza y aves domésticas vivas, que muy pronto reposarán en el sueño eterno, si los madrileños se portan como de costumbre en la *romería*: el asno caviloso (porque también los asnos cavilan), que se mueve como una tortuga llevando sobre sus lomos (flacos, se supone, porque la cebada está cara), la pesadísima cruz de cuatro ó seis banastas de huevos que harán chillar á más de cuatro sartenes... y después un hormiguero de gente que habla, y canta, y chilla, y gruñe, y llora, y ríe, que va y viene, y anda, y corre, pisándose, codeándose, y aun estrujándose en ciertos parajes próximos á la ermita: todo esto, y los vistosos trajes con que se engalana cada una en su esfera, así la humilde moradora del Rastro, calle de Toledo, Maravillas y Lavapiés, como la opulenta hija del banquero y la encofetada heredera del grande de España; tanto el hortera, vestido de prenda y encartonado de los comercios de las calles de Atocha, Postas, Mayor, Toledo y plaza de la Constitución, cuanto el presumido elegante que tiene más de un rasgo de semejanza, por su afeminamiento, con los individuos del sexo contrario; todo esto, repetimos, y aquello, y lo otro; la clase baja y la media, y la alta; el dinero, la ciencia, el poder, la grandeza y la miseria, forman un cuadro que en vano trataría de trazar con alguna exactitud nuestra desaliñada pluma, pero ni aun la más hábil y experta.

La escena en los alrededores de la ermita y en la pradera, es mil veces más animada, más jovial y más varia. Allí la alegría raya en frenesí, el pueblo que allí se agrupa y bulle, parece un pueblo de dementes, como si todos los desgraciados habitantes de las casas de Leganés, Zaragoza, Valencia y otros puntos en que existen dichos establecimientos benéficos, se hubiesen escapado en un momento de descuido ó durante el sueño de los vigilantes y guardias respectivos. Los ejércitos de Gerjes, Tamerlan y Napoleon, reunidos, y ayunos de tres días, no devorarían, ni beberían de seguro, lo que en la pradera se bebe y se devora en el 15 de Mayo de cada año. Podríanse edificar torres de pan, ciudadelas de rosquillas y bollos de Fuenlabrada, castillos de chuletas, pirámides de frascos, de dulces, asados y otros artículos de fonda y repostería; formaríanse arroyos de aguardiente, ríos de licores y océanos de vino. Cada tenducho al aire libre, cada barraca mal cubierta, cada fonda improvisada de lienzos, palos, esteras ó tabla, con pretensiones artísticas algunas de ellas, ostenta ya al lado, ya sobre la techumbre, abigarradas banderolas, y en su parte anterior aparadores más ó menos surtidos, así de comestibles y bebidas, como de santos y figuras de barro, madera y plomo. ¡Qué pueblo, qué país no envidia nuestras *romerías*, y en particular la de San Isidro en Madrid? Hasta los franceses que son gente de broma, se quedan con la boca abierta contemplando tan bello espectáculo. Nada diremos de los alemanes y los ingleses, cuyas fiestas populares son en comparación de las nuestras exequias de difuntos.

Los *romeros* madrugadores son, como es consiguiente, los que se apoderan de los sitios más cómodos, aunque, gracias á Dios, para nadie falta. El que ha ido el 14 ó el 15 al rayar al alba, da principio á la función con un almuerzo sabroso, y en general abundante, acompañado de frecuentes libaciones; de manera que cuando se dirige á la capilla, con objeto de oír la misa y el sermón, puede decirse, pese al claro sol, que ya se halla entre dos luces, ó entre *Pinto y Valdemoro*, sin embargo de que no ha abandonado la pradera.

Pero lo óptimo, lo máximo de la fiesta, cuando la locura llega á su colmo, es después de comer, á media tarde; aquello es un torbellino que produce vértigos y que hace formar una idea aproximada de lo que serían los saturnales y lupercales de la antigua Roma. No se mueve un pie sin tropezar con un corro de gente de todo pelo, que se entrega á las delicias del canto y de la dan-

za. La guitarra, la bandurria, la pandereta y las castañuelas, alternan con tal cual violín trasconejado, con tal cual flauta melancólica ó dulzaina irrespetuosa: cada paso es un peligro; esto es, una murga; y decimos peligro, porque si siempre lo hay para las personas de nervios y de gusto en oír las referidas orquestas, ¡cuánto mayor no será en un día en que la intemperancia es la que sopla ó tañe los instrumentos! Esto ni quita ni pone para que los vendedores de santos ¡sacrilegos! acompañen tan sabrosos conciertos con el de las campanillas de barro y de metal, en las últimas de las cuales se ven esculpidas las figuras... Ibamos á decir que se ven esculpidas las figuras de San Isidro y Santa María de la Cabeza, su esposa, con la vista del exterior de la ermita y parte del paisaje; pero nos arrepentimos, porque el glorioso labrador tiene en ellos cara de grillo-misántropo y la gloriosa labradora parece lo que ustedes quieran.

Los artistas de escalera abajo tienen, no obstante, sobre los de escalera arriba, la ventaja de que estos producen obras cuyo mérito apenas es apreciado mas que por los inteligentes, que son los menos, y las de aquellos las aprecian los ignorantes, que son los mas; pero cuya cándida fe las reviste de una belleza y de una poesía verdaderamente celestiales.

Mas no son únicamente las campanillas los instrumentos aislados, y las murgas las que acrecientan el bullicio que resuena en la pradera y á larga distancia de ella; lo son, asimismo, los cohetes y petardos que disparan los muchachos, y más que todo, el frecuente y atrozador zumbido de las campanas de la ermita, las cuales voltean rápidamente, lanzando al viento robustas armonías que sin duda resucitarían á los muertos que descansan en los vecinos cementerios, si continuasen calaveando muchos días.

Lo que en esta *romería* se despilfarra, se grita, se come, se bebe, se baila y se ríe, es indecible; y la sola festividad de San Isidro labrador, acreditaría á Madrid de uno de los pueblos mas alegres de la tierra, aun cuando en el resto del año no diera señales de vida, lo cual no sucede por cierto.

Cuando el crepúsculo de la tarde anuncia la proximidad de la noche, el cordon humano que apenas se ha interrumpido en alguno que otro momento, se engruesa más y más; y muchos de los que salieron de la capital firmes, despejados y serenos, regresan tambaleándose al son de los instrumentos y con la razón nublada por densas telarañas. En esa hora es cuando más resuena el casabeleo de la coqueta calesa, trono que envidiarán los reyes más felices, si hay alguno que lo sea, y en el cual domina con absoluto imperio la manola sandunguera, en cuyo brazo reclina su hermosa cabeza el majo que la camela, tan embriagado de pasión como de bebida: en esa hora es cuando más ternezas dice el querido á la querida; que la alegría y las sombras siempre han favorecido á los amantes: en esa hora es cuando el calesero de raza, con más gracia y entusiasmo apostrofa al ganado con las sabidas exclamaciones de ¡riiiiuii! ¡morena! ¡general! ¡salerosa! mezclando el ¡chis! ¡chis! ¡chis! del látigo con cada interjección que tiembla el universo mundo.

Multiplicanse los requiebros y los galanteos:

—¡Vaya usted con San Isidro, mi reina! dice una voz tomada por el mosto, como una plaza por un conquistador.

—¡Miste qué fantasma me ha salio al camino! exclama la manola floreada, volviéndose á su *gaché*, y apuntando con el dedo índice al requiebrante.

—Mamá, ¡yo quiero bollos! grita un mocosillo mofletudo, poniéndose delante de su madre.

—Pues quiérelas mucho, responde esta.

—¡So... o... o... o...! ¡Chis! ¡chas! ¡que mancho! vocea el conductor de un ómnibus atestado de gente, sacudiendo á los caballos que van como alma que lleva el diablo. ¡Roncero! ¡Mohino! ¡riiiiuii! ¡gitano!

Y una nube de polvo se levanta del camino á manera de niebla espesísima que, unida á las sombras de la noche y á las que flotan dentro del cerebro de los vinientes, impide á estos casi completamente el ver la Peña que estorba, el cascajo que obstruye el paso, el bache que amenaza perniquebrar á los devotos *romeros*, ó bien los charcos y lodazales cuando el santo bendito se despidió con un aguacero, como ha sucedido muchos años.

Ahí teneis, discretos lectores, una descripción, aunque ligera é imperfecta, de la nunca bien ponderada *romería* de San Isidro, patron de la villa del oso y del madroño.

VENTURA RUIZ AGUILERA.



10.6

172

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim 11, 3.

A LA SALIDA DEL PUERTO.

IMPRESIONES.

Allá va la nave:
¿Quién sabe do va?
¡Ay! triste el que fia
Del viento y la mar!

(ESPRONCEDA).

Hé aquí, mis queridos lectores, un asunto que se presta mucho para escribir un libro filosófico sobre lo que es la vida humana, en ese mar inmenso y revuelto dominado por tan contrarios elementos y que llamamos sociedad. Mas como quiera que no soy filósofo, ni mucho menos voy á escribir, con mi mal cortada pluma, las impresiones que me produce un buque siempre que le miro alejarse del puerto, el magnífico panorama que desde su cubierta se divisa, y las tristes reflexiones á que se presta el ánimo cuando vemos surcar los mares y dominar los elementos, á miseros mortales que van en busca de codiciada fortuna.

¿Qué hombre, por más escéptico que sea, por más emociones que le hayan hecho insensible, indiferente á toda belleza de sentimientos, no se conmueve y no se entrega á los pensamientos más bellos ó poéticos, á las ideas más sublimes ó á las reflexiones más melancólicas, al ver cruzar los mares á atrevidos hombres sostenidos solo por una simple madera, construida más ó menos sólidamente á manera de cuna, que les separa de un espantoso abismo donde pudieran hundirse á la menor indiscreción, ó sepultarse por la furia de las olas embravecidas?

No; no hay seres humanos sobre la tierra, cuya imaginación no tome un vuelo prodigioso al contemplar las grandezas de la naturaleza, las maravillas creadas por un Dios omnipotente, y las atrevidas obras de los hombres que son perenne prueba de que existe un Ser Supremo, origen de lo creado y bajo cuya voluntad y dominio estamos todos sujetos. No; Dios no separó la tierra por medio de las aguas para que los hombres no pudieran comunicarse; al contrario, su sabiduría es infinita, y todo cuanto ha creado se halla sujeto á las leyes que rigen el universo, leyes admirables cuyo origen no comprende el que recurre á la fría razón para descubrir los insondables arcanos de la naturaleza, pero que ve muy claro quien cree en ese principio y fin de todas las cosas, en ese Ser grande y omnipotente que llamamos Dios.

Los prodigiosos inventos que se han hecho, las colosales obras que se han llevado á cabo, ¿qué son sino emanaciones de ese Ser que todo el mundo adora, de ese Dios creador del Universo? ¿Cómo podría el hombre sin la poderosa inteligencia que le guía, llevar á cabo esos adelantos prodigiosos que le enaltecen y que le colocan á una altura donde no llegarán jamás los seres irracionales á quienes falta ese *quid divinum*, que hace del Rey de todo lo creado, instrumento del poder sobrenatural?

Todo en el mundo nos revela la existencia de un Ser superior. La inmensidad del espacio y los infinitos ástros que lo pueblan, las leyes constantes y armónicas que nos rigen, desde el canto de los pájaros que saludan la aurora naciente en un día sereno y apacible, hasta el sublime conjunto de una noche de tempestad, todo eleva nuestro ánimo hácia quien es el Autor de todo lo creado.

Solo él inspiró á los grandes génios que en el transcurso de los siglos nos han dado á conocer los más importantes descubrimientos, nos han hecho presenciar las obras más colosales, nos han conmovido con sus sublimes creaciones. Divina inspiración guiaba á Miguel Ángel, á Murillo y á Morales en sus grandes obras, como el reflejo de la divinidad tenían las sublimes creaciones de los más esclarecidos poetas á fines de la Edad-media. Por esto fueron tan celebrados. Las inmortales composiciones de Shakespeare y Goethe se hallan poseídas de un secreto poder que fascina y arrebató.

Un gran talento, un génio portentoso sobresalió también á principios de la Edad-moderna, que en sus profundos estudios sobre la geografía, habíase imaginado un nuevo mundo al confin de los mares. Mas como todos los hombres que han concebido grandes ideas, fué tenido Colon por un visionario en cuya febril mente creyeron que solo existían los lejanos países que descubrió. Todos sabemos como á la vuelta de mil desengaños recibidos en distintas naciones encontró por fin protección en la magnánima Reina Isabel la Católica, que puso á su disposición una pequeña flota con la cual se hizo á la vela, surcando ignotos mares en medio de terribles tempestades y de la insubordinación de los que le acompañaban. Por fin, después de mil penalidades, el éxito más feliz coronó sus nobles esfuerzos, y Cristóbal Colon, el visionario, el loco, descubrió un Nuevo Mundo, añadiendo á la corona de

Castilla el más rico florón que han admirado los siglos.

Aquel país virgen fué poblándose con extremada rapidez de Europeos que llevaron sus conocimientos y su actividad á aquellas apartadas regiones, abriendo nuevas fuentes de producción y de comercio, que están hoy día en estado floreciente; más triste es confesar la enorme cifra á que se eleva el número de emigrados que van al Nuevo Mundo en busca de riquezas, encontrando muchos de ellos tan solo una tumba que corta de raíz las bellas ilusiones que se habían formado al alejarse de su país nativo.

España no es la que menos productos envía ni la que menos recibe de América, distinguiéndose principalmente por su comercio con la perla de nuestras Antillas, el principado de Cataluña, de lo cual es manifiesta prueba la industriosa Barcelona, en cuyo puerto véase infinidad de buques que se dedican al tráfico con aquellas islas.

Bello es el espectáculo que ofrecen estos buques momentos antes de partir para las regiones americanas, pero no es belleza que nos inspire alegría, sino que cubre el ánimo de melancólicos pensamientos. Vivamente impresionados por la partida de un caro amigo para aquellos lejanos países, á cuyo acto asistí, voy á formar capítulo aparte para describir el hermoso golpe de vista que presentaba el buque al alejarse del puerto, el prodigioso vuelo que toma la imaginación al ver á una frágil nave dominar los elementos, y la tristeza que se apodera del ánimo cuando se ausenta un cariñoso amigo con quien hubiésemos compartido desde nuestra más tierna infancia nuestras alegrías y tristezas, y de cuya amistad conserváramos gratos recuerdos.

II.

Era una mañana fresca y pura del mes de Enero del corriente año. El cielo se presentaba claro y despejado como pocas veces se ve en la estación de las lluvias, y el sol, que apenas asomaba por Oriente, empezaba á lanzar sobre la tierra sus rayos dorados que se reflejaban en la tranquila superficie de las aguas, pareciendo el mar una extensa lámina de plata ó una inmensa llanura sembrada de diamantes.

Hallábame á bordo de la corbeta *Mario* donde había ido para despedir á mi caro amigo, contemplando desde su cubierta la infinita variedad de objetos que me rodeaban, y la hermosura del nuevo día que parecía sonreír como augurando á los intrépidos marinos una feliz travesía. En lontananza se descubrían algunos buques salidos á la madrugada, que semejantes á ligeras nubecillas impulsadas por el viento se perdían poco á poco en el horizonte. Alguno que otro salía del puerto desplegadas sus velas, que hinchaba el viento, y ondeando en la punta de sus mástiles una porción de banderas y gallardetes que parecían saludar melancólicamente á los que en tierra nos quedábamos. La ciudad de los condes mostraba sus numerosas cúpulas y sus pintorescas torres, su infinidad de chimeneas de vapor que dan al forastero una clara prueba de la industria que se desarrolla en su recinto, varios de sus grandes edificios que sombríos se levantan entre las casas ostentando con orgullo su grandeza y su construcción remota. A un lado, cual gigante centinela de la antigua Favencia veíase el castillo de Monjuich, descansando encima de la mole inmensa de tierra incrustada de rocas que parece que tienden á derribarse al fondo del mar, á la más ligera ráfaga del huracán que las bata.

Desde el puerto se percibían los mil confusos ruidos de la ciudad, y oíanse distintamente los pitos y las cornetas de los buques de guerra anclados á poca distancia; las voces de mando resonaban por do quiera, y el monótono crujir de las vergas y mástiles daba aun más atractivo á aquel conjunto lleno de animación y de vida.

Era la hora de la mañana en que el puerto había cobrado el movimiento y la actividad propios del industrioso pueblo Barcelonés, cuando la velera corbeta llenóse de amigos y parientes que iban á despedir á los viajeros, pagando así un tributo de amistad á los que partían para lejanas tierras.

Entre tanto, el momento de la separación no se hacía esperar. A la voz del capitán los tripulantes del *«Mario»* treparon con sin igual ligereza por las escaleras del buque llegando hasta las mas altas cofas de los palos, y en breves instantes tuvieron las jarcias en disposición de funcionar. Curioso espectáculo era aquel. El contramaestre comunicaba las órdenes del capitán, este iba y venía de una á otra parte; tan pronto se le veía en la proa como en la popa; el piloto, inmóvil en su puesto, y los marineros obedeciendo con tanta prontitud y con tal precisión, que era de ver como se multiplicaban viéndoles en todas partes como si ya quisieran encontrarse en alta mar.

Antes de salir del puerto, como es costumbre establecida, obsequióse á los forasteros con un modesto té, reinan

do entre todos la más completa cordialidad y esforzándose los que se ausentaban en aparecer tranquilos y festivos, ocultando el pesar que se experimenta siempre que se tiene que dejar á personas queridas en la incertidumbre de si se volverán á ver al regreso ó si la muerte habrá cortado el hilo de sus vidas.

Ya el remolcador estaba preparado para sacar del puerto al *«Mario»* mientras los marineros acababan de levar anclas al monótono compás de una voz que aunaba sus fuerzas y que tan peculiar es entre ellos.

Por fin, salimos de enmedio de aquella población flotante que á los pocos momentos dejamos á nuestra espalda, deslizándose majestuosamente la velera corbeta por la tranquila superficie de las aguas, que lamian sus costados risueñas y juguetonas, como acariciándole para quitarle todo temor de siniestro alguno.

Parecía verdaderamente que la tierra huía de nosotros, y cuanto más nos apartábamos más extensión descubríamos de ellas, siendo magnífico el golpe de vista que, ya una vez fuera del puerto, ofrecía la cubierta de la embarcación. A nuestra espalda quedaba Barcelona y su extensa comarca poblada de caseríos que al través de la distancia parecía que formaban parte de la capital; entre ellos también tiene la industria sus fábricas, cuyas chimeneas de vapor cubren muchas veces la atmósfera de denso humo que circuye todos aquellos contornos, como si fuese una gasa de luto; alegres campiñas se ven asimismo en las afueras, y magníficas casas-torres rodeadas de hermosos jardines, que sirven de solaz y recreo á los moradores de la populosa ciudad, que en el verano van allí á descansar de sus cotidianas tareas respirando el aire libre y puro de los campos. Más lejos se divisan pequeñas cordilleras de montañas, la mayor de las cuales llamada *«Monseny»*, asoma casi siempre sus elevados picos cubiertos de blanca nieve, en cuya superficie se reflejan los rayos del sol, convirtiéndola en una sima de pulimentados cristales que quiebran la luz con mil facetas distintas.

Hácia la costa, al otro lado del castillo de Monjuich, por la parte del Sud, véase la torre-farola que se eleva á la embocadura del río Llobregat, que advierte de noche al audaz marino la proximidad de la tierra. Dicho río, que desciende majestuoso hasta confundir sus olas con las del Mediterráneo, que tiene siempre á la vista, fertiliza aquella extensa comarca y véase igualmente innumerables casas de campo cuyos muros parece que se bañan en las fugitivas olas. Al opuesto lado, divisase en gran parte la costa de Levante, poblada de trecho en trecho de pintorescos pueblos que parecen manadas de blancos cisnes que se alimentan de los frutos de la campiña, mientras apagan su sed en las saladas aguas del antiguo mar Baleárico.

Nada más hermoso y poético que el paisaje que se descubre por esta parte: es imposible que la imaginación pueda concebirlo mejor. Véase huertos inmensos de naranjos que causan admirable efecto, y extensos viñedos que producen exquisitos vinos, pudiendo decirse que estos dos productos constituyen la principal riqueza agrícola de aquella extensa vega. La industria y el comercio ocupan también en las costas Saletanas un distinguido lugar, pues nada falta á aquellas poblaciones en cuanto á los más importantes ramos de la riqueza pública. Así véase circuidas, como he dicho más arriba, de fértiles campiñas y de hermosos huertos, á la par que en su interior sobresalen grandes edificios que despiden desde su cúpula el aterciopelado humo de las calderas que hierven en su interior, verdaderos templos dedicados á la industria, facilitando su comercio el más antiguo camino de hierro que existe en España y otras distintas vías de comunicación que cruzan toda la costa.

Rodean á esta pequeñas cordilleras de montañas, en alguna de las cuales existen aun antiguas atalayas que se remontan á la época de la dominación Árabe, y derruidos castillos donde los Agarenos establecían el principal centro de sus correrías. Uno de estos, situado en la cumbre de un alto monte, es el llamado castillo de *«Burriach»*, célebre por su antigüedad y por las leyendas que de él se conservan, siendo hoy día sólo un montón de escombros, de en medio los cuales se eleva una sólida torre que parece desafiar la mano destructora del tiempo. Hácia el lado de Barcelona véase asimismo, á la falda de un elevado monte, el grandioso y célebre edificio que se denomina Monasterio de Montalegre, habitado en tiempo de las Ordenes monásticas por los austeros frailes cartujos. Cuando el terrible azote de la última epidemia de la fiebre amarilla affligió á Barcelona, sirvió de albergue á las familias pobres del barrio de la *«Barceloneta»*, por orden de las autoridades locales de dicha ciudad, y hoy día está poco menos que abandonado.

Pero voy á dejar este punto que me parece se hace algo pesado para volver de nuevo á mi principal objeto. Dejemos, pues, queridos lectores, la tierra, y veamos lo que

sucedía á bordo del "Mario" que se encontraba aun á la vista del puerto.

La gallarda embarcación tenía desplegadas la mayor parte de sus velas que hinchaba la suave brisa de la mañana, imprimiéndole una ligera velocidad que hasta entonces había tenido por la fuerza del remolcador. Los gallardetes y las banderas ondeaban en la punta de sus mástiles y su arboladura grande y esbelta daba al buque cierto carácter de severa majestad que me fascinaba trasportándome á un mundo ideal.

¡Qué bello y poético espectáculo era aquel! Al frente nuestro veíase la inmensa llanura del mar que parecía embestir animoso el "Mario", simulando el crugir de sus vergas y mástiles, la risa de chiquillo á quien se ha satisfecho un caprichoso gusto; y sin embargo los que nos encontrábamos á su bordo no participábamos de la animación y alegría de que parecía dar pruebas con sus saltos y su continuo y estridente crugir. La pena embargaba nuestro corazón, pues estábamos en alta mar y había llegado la hora de separarnos de los seres queridos que en brazos del azar se entregaban á las livianas corrientes.

El bote nos esperaba para conducirnos á tierra y entonces nos despedimos todos de los que se quedaban con el corazón oprimido y lágrimas en los ojos. Adios, dije á mi amigo, que las puras brisas de los mares te alienten para seguir tu viaje; no te olvidaré en tu ausencia y guardaré fielmente en mi corazón tu memoria y los más gratos recuerdos de nuestra amistad. Allí en aquel grupo informe de blanquecinas casas, que desde aquí se divisa, lugar donde se meció nuestra cuna, y donde se formaron los lazos de nuestra amistad eterna, te esperaré todos los días, con la vista fija en ese mar que te arrebató, que te ocultó á mi ternura, sumiéndome en la tristeza más profunda. Y cuando en el lejano horizonte vea aparecer las blancas velas de una embarcación, y los latidos de mi pecho me revelen que es la que te vuelve á mis brazos, después de dar gracias á Dios con todo el fervor de mi alma, correré á la playa para ser el primero que te estreche con efusión entre ellos! Por fin, bajé al bote cuando ya todos los demás habían tomado sitio en él, y nos pusimos á bogar en dirección al puerto. En pocos momentos una gran distancia nos separaba de la bella corbeta. Esta, navegando á toda vela é impulsada cada vez más por el viento, libre ya en aquel punto de todo obstáculo, parecía una saeta disparada que hendía la superficie de las aguas con notable rapidez. Agitamos los pañuelos desde nuestra frágil barquilla en señal de última despedida, y al cabo de pocos momentos vimos al "Mario" aparecer como una gaviota de alas extendidas, que fué tornándose un punto blanco, desapareciendo de la superficie del mar como un átomo que arrebató el viento.

Otra vez en el puerto, echamos pie á tierra, separándonos entonces de mis compañeros de expedición para seguir solo mi camino y entregarme así con más libertad á mis tristes reflexiones. En mi semblante estaban impresas las huellas de un profundo dolor; sentía un vacío inmenso en mi corazón y un triste malestar me dominaba. Acudían en revuelto tropel á mi imaginación los más lúgubres pensamientos y preguntábame muy á menudo ¡volveré á cuya pregunta, respondía afirmativamente mi abrumada cabeza. Sí, volveré, decíame, el mar no alterará su tranquila calma, y los elementos no se desencadenarán ensañándose con mi pobre amigo. Nada perturbará

el feliz viaje de los que ya en alta mar se adormecen con el murmullo de las olas en el regazo de la esperanza, que hace brotar la oración en sus labios.

Cuanto más los días trascurren, más experimento la fuerza del cariño que profesó á mi dulce amigo. Según el estado de mi corazón, me parece imposible que haya existido nunca quien haya podido dar vida al adagio: "La ausencia es madre del olvido."

Lo mismo que la desgracia, podríamos decir que es la ausencia la que descubre el corazón de un indigno amigo. Ella también levanta el velo de hipocresía y de egoísmo con que se encubre la falsa amistad.

Un buen amigo es el ángel de la guarda que vela siempre á nuestro lado, y que nos tiende una mano protectora cuando nos sobreviene el infortunio.

La verdadera amistad es dulce bálsamo que cicatriza las heridas de un corazón martirizado.

Sé, sin embargo, que encontrar un buen amigo es rara fortuna; por eso mismo procuro conservar los que tengo y aumentarles mi cariño. Huyó siempre, como de la picadura de una víbora, de los falaces amigos que, con men-

Le vi espirar ¡oh María!
Y en mi amargo desconsuelo,
Alcé mis ojos al cielo,
Buscándote, madre, á ti;
Que eras mi sola esperanza,
Y en mi aislamiento profundo,
El solo bien que en el mundo
Ya restaba para mí.

Entregada á mi tormento,
Y á mi soledad, María,
Pensé que estallar quería
Mi delirante razón;
Y desbordándose el llanto
En mi pecho comprimido,
Su dique rompió el latido
¡De mi pobre corazón!

De entonces aquí en mi alma,
Cauce abriéndose mi lloro
Brota siempre que te imploro

También para tí es ofrenda
¡El llanto del corazón!
JOSEFA SEVILLANO DE ROBY.

LAS FLORES.

A mi querido amigo

MARTIN GONZALEZ DEL VALLE.

Brilla Dios en su límpida hermosura;
baña el pudor su virginal semblante;
son altares de cándida figura,
son breves cielos para el sér amante:
Perlas de Dios, balsámicos suspiros
que exhala ansioso, con amor profundo,
y el aura lleva, en vagarosos giros,
á fecundar el miserable mundo.

Alzad la frente, pudorosas flores,
alzadla sin temor: que el mundo vea
el tesoro de mágicos colores
en que el alma inocente se recrea.

nacen al beso paternal del día,
¡y se agostan en brazos de la tarde!
Flores son del amante los gemidos,
si un eco hallaran en la excelsa gloria;
son sus colores del eden vertidos,
el más grato perfume su memoria.

Flores preciadas brillan los primeros
vagos deseos de la mente inquieta;
que busca noble fulgidos senderos,
ricas flores los cantos del poeta.

Guardadas del recuerdo en los fanales,
flores viven los sueños infantiles;
no las tronchan jamás los vendavales;
frescura eterna gozan sus abrisles.

De amor ó de dolor, ¡ay! la más bella,
la flor entre las flores más fecunda
en la cumbre del Gólgota descuellan,
y al mundo absorto su fragancia inunda.

¡Y cuántas, cuántas otras ven mis ojos,
del hondo valle á la fulgente altura!
¿Qué es la vida fugaz? ¡Flores y abrojos!

Empezaba ya el triste peregrino, llamado invierno, á bajar de los montes apoyado en un nudoso tronco, escondida la decrepita faz en una capa de pieles y llevando al hombro una alforja llena de los carámbanos de hielo que va esparciendo con mano trémula por su árido camino.

La tarde era nebulosa, el aire azotaba silbando las desnudas ramas de los árboles, y sin embargo, el moribundo otoño, próximo á abandonar su cetro, aun encendía con algunos relámpagos, últimas reverberaciones de un fuego que se extingue, las rojas nubes agrupadas en el ocaso; algunos truenos que retumbaban á lo lejos, parecían el postrer saludo que enviaba la naturaleza al poder que caducaba.

Poco á poco los grupos asustados por la tempestad se fueron dispersando y la calle quedó muda y silenciosa.

Solo una joven permanecía inmóvil en el balcón de una magnífica casa solariega, fijos sus ojos en la calle de la Bocaría, que había tomado su nombre de aquel acontecimiento.

En los movimientos rápidos y violentos de la joven se conocía que estaba bajo el imperio de una tempestuosa

lucha de pasiones, y en su ademán soberbio que se había acostumbrado á las delicias del mundo.

Era en efecto Zinska, alojada regíamente por la solicitud de la tierna Almodis. La princesa había querido completar su obra, y aunque retirada en su castillo de Llobregat, había enviado á la postergada reina sus trenes y sus preces, sin saber que debían adornar el retrete de una rival temible. Tampoco Zinska sabía que debiese odiar á la que llevaba de bendiciones, y hubiera podido creerse aun en su Harem y todavía dichosa, si su amante no la hubiera abandonado. No obstante, Ponce, llamado apasionadamente por ella, había ido á su casa por dos

veces. La primera para recordarle sus compromisos y la necesidad de una separación eterna; la segunda, casi otra vez cautivo, obedeciendo á su propio sentimiento; pero un paje le había entregado una cajita de filigrana, y el joven se había separado de ella instándole á que le olvidase para siempre.

Aquella cajita solo contenía una rosa blanca ya seca y deshojada, y lo que parecía tan nimio á los ojos de Zinska, había bastado para recordarle á Ponce todos sus deberes y hacer brotar de nuevo la llama de su antiguo amor, porque Almodis, aunque ignorante de su deslealtad, resentida de su tibieza, le había enviado aquel frágil pero elocuente testimonio de sus frágiles juramentos.

Desde aquel día Zinska no volvió á ver á Ponce de Cervera. Como una leona á quien roban sus cachorros, recorría todas las calles de la ciudad en su busca, llamaba mil veces á la puerta de su solitaria mansión y volvía loca y desalentada á verter en el seno de su padre, lágrimas de amor y de rabioso despecho.

Aquella tarde, como otras tantas veces, le había esperado en vano. Zinska, también como otras veces, se envolvió en un espeso velo, bajó á la calle, y cruzando por en medio del gentío, que al toque de oración volvía á sus casas, llegó á la de Ponce de Cervera. ¡Cosa extraña! Aquella puerta, que casi siempre había hallado cerrada, estaba abierta de par en par, y multitud de criados y palfreneros llenaban el ancho patio. Zinska se acercó á un viejo preguntándole por su amante.

—El señor, mi amo, dijo éste quitándose respetuosamente la gorra, está en el castillo de Llobregat,



VISTA DE LA HABANA.

tidas palabras, introducen la ponzoña en el corazón de los que tienen la desgracia de seguirlos hasta el precipicio.

A un buen amigo me adhiero como la hiedra al tronco de un árbol. Por esto siento tanto la ausencia del que lo es desde los primeros años de mi infancia.

ARTURO SABORIT Y THOMAS.

Barcelona 29 de Febrero de 1872.

A LA SANTISIMA VIRGEN.

Perdona Virgen María
Si abismada en mi quebranto,
Vengo tu divino manto
Con lágrimas á regar;
Perdona si de mi alma
Rebosando los pesares,
Vengo al pie de tus altares
En mi infortunio á llorar.

La copa de la amargura
He apurado hasta las heces:
Tú sabes madre las veces,
Que en mi dolor te imploré;
Tú sabes que de rodillas
De mi esposo junto al lecho,
Los suspiros de mi pecho
Con mi plegaria mezclé.

De mis ojos un raudal;
Que surcando mis mejillas
A través de mis dolores,
Llega á ti, madre de amores,
En copioso manantial.

Siempre para tí mi canto
Resonó en el arpa mía,
Siempre á tus plantas, María,
Llevé del alma una flor;
Hoy que una pena á otra pena
Mi triste vida eslabona,
Traigo para tu corona
Las flores de mi dolor.

Hoy mis lúgubres gemidos
Se mezclan á mis cantares,
Que ya de mis dulces lares
Huyó la felicidad;
Y solo ofrezco puedo
Cuando tu amparo reclamo,
Las lágrimas que derramo
En mi triste soledad.

¡Mas ay! que amorosa y buena
Consolaras mi amargura,
Y viendo mi desventura
Aceptaras mi oblation;
Que si flores de mi lira
No brotan de amor, cual prenda,

Decid, ¡por qué vuestra infantil mirada,
amor de amores en el alma vierte?
¡por qué, de amargas horas olvidada,
en santos goces su dolor convierte?

¡Por qué la duda punzadora ahuyenta,
y la loca ambición al viento arroja;
y vuestro aroma mi esperanza alienta,
y allá, en la cumbre, de placer sonroja?
¡Sonreis! ¡suspirais! ¡ah! los querubas
tanto candor envidian é inocencia,
y hienend ruidos las etéreas nubes,
bebiendo ansiosos vuestra dulce esencia.

Y, al aspirar el beso de su boca,
abris ufanas el gentil capullo,
y el misterio que al éxtasis provoca
las aves cantan con su tierno arrullo.

Desterradas de un mundo de pureza,
edén ansiado del que en este llora,
brilla en vuestra castísima belleza
el alma virgen del que siempre implora.

¡Y no temblais, al veros confundidas
entre tanta ruindad, miseria tanta,
al contemplar do quiera escarnecidas
la justicia, la fe, la virtud santa!

Yo no puedo decir todo el encanto
que difunde en mí sér vuestra hermosura:
rosas, jazmin, claveles, amaranto.....
¡Oh! ¡cuál place sentir vuestra ternura!

Hay flores tristes; haylas de alegría;
todas viven, de amor haciendo alarde;

¡lágrimas de placer y de amargura!

Lágrimas dulces que, en ferviente anhelo,
al triste corazón volveis la calma,
corred, corred á mares; dad al cielo
la pura esencia que atesora el alma.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

ZINSKA.

(RECUERDO HISTÓRICO DE CATALUÑA.)

Dedicado á mi amigo el Sr. D. Felipe Carrasco y de Molina.

(Continuación.)

VI.

El tiempo es como una impetuosa cascada que se precipita sin cesar de los altos peñascos para perderse en las sinuosidades de la tierra, y arrastra en su furioso salto, tanto las olorosas ramas de los árboles cargadas de flores y de frutos, como las piedras berroqueñas. Muchos días habían pasado desde aquel memorable día, que será eterno en los fastos de Cataluña, y sin embargo, en la puerta de Santa Cecilia una multitud de curiosos admiraba aun las puertas de Almería, que el piadoso conde había mandado colocar allí como trofeo de su victoria y como homenaje á la patrona de la ciudad condal y protomártir de la España.

Estaban estas puertas aferradas por fuera de cuero de buey, y tachonadas con clavos de bronce sobredorados, de modo que llamaban la general atención por la originalidad de su trabajo.

en donde debe celebrarse su anhelado casamiento.

Zinska no oyó más: un velo de sangre cubrió sus ojos, y sintió destrozado su corazón por mil puñales. Retrocedió algunos pasos tambaleándose, y quedó inmóvil como una estatua de mármol; pero pasado un instante echó á correr como una loca, y llegó jadeante y sin aliento á la puerta de Santa Eulalia. La puerta estaba cerrada: un centinela la guardaba inmóvil en el dintel y apoyándose en su pica.

Zinska se quitó todos sus anillos, y tras un corto debate vió abrirse aquella puerta salvadora. La noche era lóbrega y oscura, los relámpagos inflamaban el horizonte y el trueno retumbaba sordamente á lo lejos, repetido por el eco de los montes. Zinska tomó la primera senda que se presentó á su vista. No sabía lo que buscaba ni adonde se dirigía; una voz secreta la decía *corre*, y corría al través de los campos, saltaba los precipicios, salvaba los torrentes, y corría, corría sin cesar, jadeante y sin aliento.

Por fin las nubes se desgarraron, cayeron algunas gruesas gotas de lluvia, presagas de la tempestad, é inundaron la frente sudorosa de la joven. Entonces se detuvo, arrojó un profundo suspiro y tendió en derredor sus ojos extraviados.

Poco á poco se fijaron sus ideas y recobró la razón, pero con ella el conocimiento de su desdicha y la imposibilidad de remediarla, sola y perdida en medio de los campos. A lo lejos brillaba una luz: Zinska se dirigió á aquel faro luminoso y preguntó á unos pastores el camino.

Estos la mostraron una larga cinta de plata que serpenteaba en medio de la pradera. Era el apacible Llobregat.

Parecía que un genio protector la había guiado en su carrera.

Zinska emprendió de nuevo su marcha con la misma impetuosa furia, y siguió el álveo del río por entre los peñascos y quebradas, sin cuidarse un solo punto de los peligros del camino. De repente se detuvo: el castillo de Llobregat, resplandeciente de luces y henchido de armonías, se presentó á su vista.

En el puente levadizo estaban dos pajes, que llevaban achones encendidos en la mano derecha, mientras con la izquierda sostenían las bridas de dos soberbios corceles.

—Paje, mi buen paje, dijo Zinska con su voz más seductora, dame tu capa y tu hachon y déjame penetrar en el castillo.

—Espero al conde Ramon Berenguer, que quiere regresar de incógnito á Barcelona, en cuanto terminen los festejos, y me es imposible complaceros.

—Paje, mi buen paje, repuso Zinska, te daré estos zarcillos de esmeralda si consientes en hacer cuanto me plazca.

Y se los arrancó de las orejas y los mostró teñidos de sangre á los codiciosos ojos de los pajes.

(Se continuará.)

ANGELA GRASSI.

LA PRIMAVERA.

Llamola un poeta italiano á la primavera, juventud del año, como á la juventud, primavera de la vida.

Y en efecto, á manera que nos vamos internando en el mes de Abril, y contemplamos los campos, los prados y los jardines, con toda su espléndida hermosura, más se ve desaparecer la tristeza de los corazones y presentarse vivos y alegres todos los semblantes: se oyen voces de júbilo por todas partes, y no hay un solo ser que no sienta en sí una renovación admirable, que le lleva al complemento directo de armonías arrobadoras.

No hace mucho aun, que casi todas las flores que encantan nuestra vista, no eran otra cosa que raíces informes y groseras, sobre las que el pié del viandante reposaba con glacial indiferencia, como con la misma se ven generalmente las fuentes donde brilla el génio que revela la *virtud* y el *saber*; pero ahora como que son el adorno espléndido de la tierra y el bellissimo encanto de la vista, de aquí que nadie aparte de ellas los ojos y las dejen de cuidar muchos, con singular predilección, como objetos los más queridos.

Ofreciéndoselas á personas amadas, como joyas de gran precio, teniéndolas como rico adorno en sus habitaciones, y sintiéndose profundamente disgustados si alguno les arrebatara la que parezca más insignificante.

¡Qué imagen tan hermosa nos ofrecen las flores de la *resurrección* y de la *inmortalidad*, con sus pétalos, su corola y su cáliz, vivificados de nuevo! Ayer estaban, por decirlo así, sepultadas en la tierra, informes y sin atractivo alguno; y hoy, por el contrario, se adornan de seduc-

toras galas, floreciendo de nuevo; dándonos así á entender, que si el cuerpo humano en el seno de la fosa, sólo es un objeto de horror, experimentará la revolución más admirable en el día en que seamos llamados al juicio final, porque lo que se sembró en debilidad, resucitará en virtud y fuerza, lo que se sembró en dolor, resucitará en gloria.

Cuando al helado y tético invierno, sucede la vivificadora y galana primavera, la alegría, el entusiasmo, el sentimiento poético y sentimental, suceden en el corazón á las impresiones tristes que producían en él una estación de rigor y de pena, y los bellos y primeros días de la primavera, nos hacen olvidar el aterido y pesado invierno, con sus días oscuros como la duda, y desgarradores como las ilusiones perdidas. Así también olvidaremos en el gran día de la resurrección, los días tristes y sombríos de la vida pasada, para que se cumpla todo lo que está escrito é impone la justicia de Dios, sobre la humana justicia.

En la tierra las nubes del dolor oscurecen nuestro rostro, en el que procuramos proyectar la risa del placer, teniendo el corazón herido, porque la eterna violencia es tener que fingir lo que no se siente, engañándonos á nosotros mismos, aun más que á los otros. En la nueva creación desaparecerá el dolor, nadie turbará la serenidad del alma que vivirá inundada de una celestial alegría, de la que no son más que un pálido destello, los rápidos momentos de ventura que pocas veces tenemos en este mundo.

Todo nos agrada y nos encanta en la primavera, y casi nos imaginamos trasportados á una nueva región. Así nos veremos en el día de la resurrección trasportados en realidad á una nueva y magnífica vivienda, de que solo pueden ser un simil imperfecto nuestros dorados ensueños de felicidad.

El nuevo cielo y la nueva tierra no tendrán la apariencia ó realidad de este valle de dolor: la paz y el orden, la belleza y la justicia, harán de nuestra futura habitación la estancia más dichosa que el más inspirado pudo haber imaginado, al soñar la morada de un ángel.

Cuando el pródigo calor de los rayos del rubicundo febo, ha penetrado en la tierra, salen de su seno, como por encanto, millares de plantas con colores y aromas diversos, que los naturalistas conocen y aquilatan con maravillosa exactitud.

Del mismo modo sucederá en el gran día que, saliendo del polvo en que estaban las generaciones sepultadas, resucitará el justo para juzgar, y el impío para ser juzgado y confundido.

De modo, que aunque la fe no nos enseñara la resurrección, con la razón teníamos que alcanzarla y dar crédito de ella. Imita exactamente el árbol nuestra resurrección, pues pierde las hojas, gasta sus frutos y queda desnudo y seco esqueleto vegetal, despojo del rigor y tiranía del invierno. Vuelve luego á arrojar hojas, yemas, flores y frutos, resucitando de aquel cadáver árido de tronco y ramas, amena y agradable vida. ¡Ha de ser más grande el árbol que el hombre? Así que, la muerte que tanto tememos y rehusamos, no nos quita la vida, la deposita, y vendrá después quien nos la restituya con nueva luz. Aunque con fingida fábula del Le Theo, escribieron la verdad de la resurrección Virgilio y Claudiano, con caracteres dignos de ser admirados.

Así como hay animales que en el fuego viven, también el hombre vive entre el fuego de sus pasiones.

Las mariposas renacen de sus cenizas, flamantes y nuevas. El *Efímero*, desvalido animalejo, nace y muere en un día, y al otro renace de lo mismo que muere; y de aquí tomó nombre la calentura *efímera*. De las cenizas de los leños secos, que se arrojan, ó caen al mar de Gelandia, ó las islas Híbridas, nacen unos gusanos pequeños, que cuando van creciendo, les nacen alas, piés y picos de aves, y suben á ser vecinas del vulgo de las demás del viento, y son las aves á que San Isidoro llama *Barlucato aves*.

Así como la flor de la primavera sale brillante y hermosa de su semilla, del mismo modo el cuerpo humano depositado en la tierra, se levantará un día rodeado de gloria y de majestad y revestido de una celestial hermosura; belleza que nos ofrece el ídolo de nuestro amor en la tierra, ó los hijos á las madres, en los cuales no ven ni quieren ver defectos, considerándolos las joyas de más rara hermosura.

La primavera es la época de la vegetación para la yerba y todas las plantas: todo lo que entonces ha arrojado sus vástagos sobre la superficie de la tierra, se manifiesta más y más ostensible cada día, creciendo y desarrollándose visiblemente. Lo mismo ha de suceder con nuestro espíritu inmortal: el día de la resurrección, será la feliz época de los progresos ilimitados, en que solo haremos el bien, porque allí no nos agobiará ninguna flaqueza, nin-

gun obstáculo nos detendrá en el camino de la perfección, y caminaremos de virtud en virtud, de felicidad en felicidad.

Como no es posible que lo piensen más que las imaginaciones muy artísticas y muy creyentes, arrulladas constantemente por las ilusiones de la juventud, que no pueden marchitarse nunca, más que en las almas egoístas y calculadoras.

En la primavera todo sale del sueño para alabar á Dios: los acentos de todas las habitaciones del aire se reúnen para glorificar al que todo lo creó con su portentoso *fiat*, para entonar un himno universal.

Semejantes cánticos de alegría se entonarán en el día de la resurrección, por este mundo de escogidos del Eterno, que El habrá vivificado de nuevo.

¡De qué gozo no se llenará entonces el corazón! De lo pequeño puede inferirse lo grande. Si es tan rica en delicias la primavera terrena, ¡cuál no será la hermosura y cuáles no serán las delicias de la primavera de la nueva tierra?

¡Admirable es la esperanza del poeta, del hombre pensador y humanitario!

¡Almas débiles y tímidas, fortificaos y poned vuestra confianza en nuestro padre que está en el cielo!

La primavera es la estación de la esperanza, y debemos dar entrada en ella á nuestro corazón; y si las inquietudes y cuidados llegan á molestarnos, pongamos nuestros ojos en los prados y en los campos, y acordémonos de las palabras del Redentor. "Dios que viste á los campos y que sustenta á las aves, ¿no tendrá aún mayor cuidado de proveer al hombre de vestido y alimento?" ¡oh gente de poca fe! Merecáis alguna indulgencia, cuando en lo más crudo del invierno y oprimidos de varias necesidades, cayérais en la tristeza y en la inquietud; pero en la primavera, es una imperdonable desconfianza. Dios hace salir para el hombre de la tierra semilla, y la adorna con profusión de flores, y tantos millares de criaturas como pueblan la tierra, reconocen que esto es una gran verdad.

Nada simboliza como el plátano la resurrección. El año que se planta dá fruto, que es solo un racimo de plátano: en cortando el racimo, se le caen las hojas, se seca y se acaba. De esta misma raíz renace otro plátano á su lado, que dá otro racimo el año que renace, y luego se seca y se acaba; renace otro al siguiente año, quedando el fruto mismo, que es un racimo sólo, se seca, se acaba y se cae, y así va prosiguiendo hasta que le falte ó agua, ó virtud de la tierra, que le anima, que por la raíz nunca falta. Muere, y renace árbol de sus mismas raíces. Tristísimo es el recuerdo de aquel padre que perdió en la primavera á su hija, de un esposo que perdió á su esposa en lozano vigor, quizás madre, con un niño lactándose en un pecho tísico y atrofiado por una prematura destrucción ó aquella sonrisa pálida de la tisis, que aun se galvanizaba con el aroma de las flores de su ventana, con el arpegio de las avejillas y el murmullo del agua de la fuente. Pasó la primavera; todo fué agitación para el alma sensible de aquel tierno padre, ó amante esposo; se acercó el otoño... ¡ay! y con las hojas caídas de los árboles se cayeron también los cabellos de la joven madre; sus ojos languidecieron y sus labios se amaronaron; llegó el estertor de la agonía, y la muerte no se hizo esperar. Sin duda por este y otros tristes motivos, dijo selectamente Larrañaga:

"Pasan de nuestra vida los deliciosos días, cual la memoria dulce de un sueño encantador; pero las horas tristes de pena y de delirios, se arrastran lentamente, son siglos de dolor.

Para los que viven en habitaciones estrechas, infectas y ruinosas; para los que están agobiados por dolencias crónicas; para los que tienen herida el alma por alguna desgracia irreparable, ó ingratitud enorme; para los que viven sin amor y sin amistad, viendo deslizarse su vida, sin halagos, sin fruiciones dulcísimas; para los esclavos y los inocentes encarcelados; para los que peregrinan ciegos ó mutilados, implorando la caridad pública; para los que viven, en fin, mendigos de puerta en puerta, arrastrados como una culebra y experimentando todos los rigores de la mala suerte; para esos seres, pasa la primavera, como pasa el invierno, porque

Las ilusiones perdidas,
¡Ay! son hjas desprendidas
Del árbol del corazón,

como dijo el apenado Espronceda.

Pero para el creyente, para el pensador, para el poeta y el filósofo; en una palabra, para el que vive con el ideal de la fe, siempre hay un momento de calma siquiera sea leve y transitorio; pudiendo así contemplar en la primavera la imagen de la inmortalidad, avivar sus creencias y recobrar vigor, para no ser envuelto entre el torbellino de los *indiferentes*, y proseguir con ánimo imperturbado

é imperturbable, por el áspero camino de la vida, enseñando la verdad, consolando á las almas que han sed de justicia, y devolviendo el bien por el mal, á tantos y tantos que se complacen en atormentar el corazón sensible y generoso, de cuyas fuentes mana el agua viva, que, como la de la primavera, nos inunda de vida y de alegría.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

VISTA DE LA HABANA.

Varias veces nos hemos ocupado en el CORREO de la perla de nuestras Antillas, y hoy lo hacemos con preferencia anticipándonos á los deseos de tantas madres, de tantas esposas, de tantas hijas, que tienen allí expuestos á mil peligros á los dulces objetos de su cariño.

A aquel mágico pensil, turbado ahora por las pasiones borrascosas de los hombres, irán sin duda á convergir los suspiros de tantas almas tiernas que se hallan separadas de sus almas compañeras, con el rumor de sus bosques, irá á mezclarse sin duda el rumor de las plegarias de las que aquí viven muriendo, temerosas de que las balas y los rigores del clima anonaden la parte mejor de su propia vida.

¡Dichosos los que allí combaten, fijo su pensamiento en el techo hospitalario de su patria, en donde una madre, una esposa ó una hija ruega por ellos á Dios y aguarda con impaciente ternura su regreso!

La Isla de Cuba es la mayor de las grandes Antillas, está colocada á la entrada del golfo mejicano, y puede considerarse por su suelo, sobremana fecundo, como el moderno emporio de producción y de comercio. Gozando del clima y de las cualidades de la tórrida, no solo cuenta con cordilleras de montañas que dan origen á infinidad de rios y á los elevados picos de Guaijaban, Tarquino y Podrillo, sino que cuenta tambien con abundantes praderas de una extension inmensa, siempre verdes, siempre llenas de numerosos rebaños salvajes y domésticos. La ciudad de la Habana, su capital, es una de las más ricas del mundo, situada en la costa del Norte á la embocadura del rio Lagida, con anchuroso puerto y un comercio verdaderamente universal porque acuden á él embarcaciones de todos los paises. Sus fortificaciones, sus calles alineadas, sus numerosos templos y edificios públicos, el palacio del Capitan general, la catedral, donde se conservan las cenizas del gran Cristóbal Colon, con otros monumentos, establecimientos y dependencias de los hombres acaudalados, de los cónsules extranjeros y de los comerciantes, la colocan entre las capitales más hermosas, ricas y cultas del Nuevo Mundo.

Descubierta la Isla de Cuba por Cristóbal Colon en su primer viaje de 1492, y fundada en ella una colonia de españoles en 1501, por Diego Velazquez, no tardó en ser codiciada por los extranjeros, entre los cuales los franceses é ingleses llegaron á atacarla diferentes veces, sucumbiendo solo en 1762, por breves meses; pues los últimos se apoderaron de ella, pero la devolvieron, como es sabido, á consecuencia de la paz de Versalles.

Quiera Dios que los esfuerzos de nuestros valientes hermanos no sean infructuosos y que España pueda conservar por largos años el más espléndido joyel de su corona.

EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS.

El célebre monasterio de Sta. María la Real de Búrgos se llama de las Huelgas, porque fué edificado en aquellos sitios adonde bajaban los reyes fundadores á buscar solaz y descanso, pues á tanto equivale la palabra castellana *huelga*.

En lo más llano y fértil de la vega de Búrgos, á un cuarto de legua de esta ciudad, y á orillas del rio Arlanzon, se levanta tan ilustre monasterio, el primero sin duda alguna en derechos, prerogativas y privilegios, de que ha gozado hasta hace poco, y más digno por esto de llamar la atención del estudioso y del viajero, que por haber sido el antiguo panteon de los reyes de Leon y de Castilla.

Froncosas y frescas arboledas, regadas por abundantes aguas, le cercan por todas partes, y prestan un encanto más á aquel lugar ameno y delicioso, y cuando la luz del sol poniente lanza sus últimos y moribundos rayos sobre el valle, puede decirse que vaga sobre el antiguo monasterio una nube de luz y de poesía que lo inunda y lo acaricia.

Fué su fundador Alonso VIII, quien en 1175 lo entregó al célebre Abad del Cister Guido, declarando al propio tiempo que lo escogía para sepultura suya y de sus hijos, y para retirarse á él si quieren hacerse religiosos.

Así fué en efecto, pues entre las primeras monjas se

cuenta á D.^a Sancha de Aragon y á D.^a Constanza, hija del ilustre fundador.

Consta además de sus crónicas, que San Fernando se armó caballero en su iglesia, que D. Alonso el sabio armó igualmente á Eduardo, príncipe heredero de Inglaterra, y que al tiempo de casarse en Búrgos el príncipe D. Fernando de la Cerda, recibieron caballería, infantes, y condes y señores de Francia que habian venido con la princesa D.^a Blanca. En cuanto á coronaciones, el rey D. Alonso XI, D. Enrique II y D. Juan I, vinieron á esta real casa á coronarse segun las antiguas costumbres y con todo el esplendoroso aparato usado en semejantes casos.

A tal grado de esplendor llegó este célebre monasterio para mostrar despues al mundo la inestabilidad de las pompas humanas; pues hoy, en su solitario recinto, reinan el luto y la tristeza, y apenas halla el viajero, que pasa indiferente bajo sus atrevidas arcadas, vestigios de la grandeza de otros tiempos.



MODESTIA Y VANIDAD.

ARREGLO DEL FRANCÉS, POR MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuacion).

IV.

El mismo jueves por la mañana, cuatro dependientes de la estacion del camino de hierro del Oeste, llevaron á la calle de Trenchet, núm. 12, una gran caja blanca de pino, con la direccion á la señorita Elena Ducrest.

Los criados la abrieron con todo el cuidado posible, intimidados por la frase *muy frágil*, que en gruesas letras se veía en todos los costados de la caja.

Saltó por fin la tapa, y apareció una gran canastilla rústica, fabricada con juncos verdes y frescos, y de la más elegante forma.

Esta deliciosa canastilla, se hallaba colmada con un arte infinito, de los más hermosos frutos del otoño, colocados entre un haz de flores, con una gracia llena á la vez de sencillez y de simetría.

Elena, aunque muy ocupada de su *toilette*, dejó escapar un grito de alegre admiracion, y ordenó que se expusiera la canastilla en el salon, hasta la hora de la comida, para que pudieran admirarla los convidados que iban llegando ya.

—Este lindo regalo es una atencion muy amable de parte de Susana, dijo Mme. Ducrest: será preciso escribirle.

Poco despues llegó Mr. d'Emery, y Mme. Ducrest le condujo delante de la canastilla.

—Mirad, le dijo, qué bonito regalo acaba de recibir Elena de una de sus amigas, que se halla en el campo.

—¡Oh, es admirable! exclamó él: á ningún precio se encontrarían ahora en Paris tan bellas flores y frutas tan magníficas! ¿y sabéis lo que más admiro? ¡La colocacion de tan delicados objetos en la canastilla!

—¡Qué buen gusto! ¡qué gracia! repitieron á coro los convidados.

Mme. Ducrest, muy dichosa con aquel nuevo efecto, fué á repetir estas exclamaciones á Elena, que se hallaba rodeada de tres modistas.

Por lo que toca á Susana, fué muy dichosa cuando recibió tres dias despues una amable carta de Elena, en la que le daba gracias en los términos más expresivos y cariñosos: respondióle al instante: Elena no volvió á escribirle, y durante el invierno cesó toda correspondencia entre las dos amigas.

En los primeros dias de la primavera, Mme. de Emery recibió de Thionville la siguiente carta:

—No has contestado, querida Elena á la carta que te dirigí, cuando empezaba la rigurosa estacion que acabamos de atravesar; pero te he perdonado, porque conozco tu afición á los bailes, á los conciertos y á los teatros, y sé que una dama parisiense quiere disfrutar de estos placeres en los primeros meses de su casamiento.

—Pero amiga mía, entre tanto el invierno ha concluido: mayo empieza, y las lilas están en flor: los espinos van á desplegar su perfumado manto, el sol ríe en el cielo lleno de alegría; ya no lloverá: los frutos ostentarán en breve su abundancia sobre las ramas de los árboles; ¡no

dejarás un poco á tu querido Paris, para respirar el aire puro del campo?

—Yo sé que las parisienses tienen por costumbre y hasta por deber, el viajar en el estío: si Thionville no te causa miedo, y quieres venir á él, tu amiga Susana será muy dichosa.

—Si vienes á pasar siquiera un mes á mi lado, verás que no he hecho una locura: verás cómo somos menos campesinos de lo que nos creen, y encontrarás en Thionville todo lo que yo sé que debe serte agradable. Ven, pues, mi querida Elena: todos seremos dichosos al verte aquí: espero con impaciencia tu respuesta, y espero que será favorable á los deseos de tu cariñosa amiga

Susana Riviere.

Esta carta quedó cerca de tres meses sin respuesta, más á fines de Julio, Elena se decidió á escribir esta otra, que causó en el ánimo de su amiga la más viva alegría.

—Mi buena Susana: Si no he contestado antes á tu carta, ha sido porque esperaba todos los dias ver cumplido mi deseo; desgraciadamente me veo obligada á renunciar á la sola cosa que esperaba, que anhelaba con todas las fuerzas de mi alma.

—Segun dices, muy bien, es una costumbre, y hasta un deber para una parisiense, el hacer un viaje de estío: por esta razon me prometia ir bien á Baden, á Vichy ó á Biarritz: mas ¡ay querida mía! juzga de mi enojo, de mi pena al verme obligada á renunciar á ello! Sin embargo, no permaneceré por mucho tiempo en Paris, no; aunque tenga que ir á enterrarme en una aldea inhabitada, no estaré aquí mientras todas mis amigas parten para las aguas y se despiden de mí con aire de insultante conmiseracion.

—Ya comprenderás, mi querida Susana, cuán grato me sería verte: sabes tambien que te amo lo bastante para preferir el viaje á Thionville á cualquiera otro; por lo tanto puedes contar conmigo, á condicion, sin embargo, de que no alterarás el orden de tu casa, con el pretexto de que recibes á una parisiense; yo me arreglaré con lo que tengais: en el campo como en todas partes, es preciso saber tomar su partido.

—¡Estoy muy triste, querida mía! ¡ah! jamás hubiera creído que tendria que privarme de un viaje á las aguas! ¡qué amarga, qué dura es algunas veces la vida! En tanto que una es libre, no duda de la felicidad, pero tú sabrás ya tambien, desgraciadamente, que el matrimonio no es siempre alegre y rosado.

—Muy mal invierno has debido pasar ¡pobre Susana! Me estremezco solo al pensar en la monotonía de tus hábitos, y creo que el estío tendrá más encanto para tí, si ves al lado tuyo á tu Elena: perdóname esta pueril vanidad, pero sabe, sin embargo, que si cuentas conmigo para distraerte, y para que te ayude á soportar tu aislamiento, te engaños, porque yo no estoy alegre ya, y hay muchas razones para que así suceda.

—Hasta el martes: llegará con el tren de la mañana, tu amiga

Elena de Emery.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1026.

FIG. 1.^a *Traje de baile*.—Vestido de failli, color maíz. La primera falda que describe cola lleva dos volantes plegados y divididos en el centro por un biés estrecho y en medio de ambos otro de tarlatana blanca. La túnica, muy corta de delante, se compone de 15 paños sesgados, terminados en punta y guarnecidos con biés blanco y fleco maíz. Los paños de delante llevan además bordado con seda blanca. El cuerpo de escote cuadrado y la manga corta llevan al canto ruche de tarlatana blanca. Prendido con sprit en el cabello. Collar y pulseras; guantes blancos.

FIG. 2.^a *Traje de casa para jovencita*.—Vestido de sedalina, color de lila. La falda lleva en el bajo un ancho volante rizado y encima un bullon entre dos ruches. La túnica plegada es corta por delante. El cuerpo, ó mejor dicho corpiño, plegado por delante, se completa con una camiseta blanca y dos lazos. Las mangas ajustadas llevan ancha vuelta entre dos ruches. Diadema de margaritas en el peinado.

FIG. 3.^a *Traje de paseo*.—Vestido de seda azul adornado con fleco de tono mucho más oscuro ó negro y bieses estrechos tambien más oscuros ó negros. La túnica de forma princesa, abierta por atrás, forma dos aldetas que van además bordadas, lo mismo que el cuerpo, que con el adorno figura un elegante fichú. Sombrero azul orillado con una ruche de tarlatana blanca, flores y cintas.



CORRESPONDENCIA.

A. C. *Burgos*.—Se emplean diversos métodos para reproducir un dibujo de bordado sobre la tela. El primero consiste en colocar encima de ella un papel especial que se vende ya preparado para este objeto. Este papel se aplica por el lado que está preparado, sobre la tela, se sujeta con alfileres, y luego se siguen con el lápiz todos los contornos. El segundo, consiste en trazar todas las líneas, punteándolas con una aguja muy fina; colocar el dibujo así punteado, sobre el papel ó la tela, y espolvorearlo ligeramente con unos polvillos colorados que se hallan en todos los comercios de sedas; se quita el papel, se plancha la tela sin frotarla, y la resina que entra en la composición se liquida, dejando impreso el dibujo. Hay sin embargo ocasiones en que no es fácil procurarse ni papel preparado ni polvos; en este caso se puntean con la aguja todos los contornos del bordado, se coloca este sobre la tela, se ponen en un saquito de muselina polvos de lápiz, se pasa el saquito por encima de las líneas, se quita luego el papel, y se trazan las líneas que han marcado los polvos con jaboncillo.

Una niña de trece años.—*Valladolid*.—Lleve V. el cabello partido por la mitad, y recogido en dos largas trenzas flotantes, dejando en sus extremos cerca de diez centímetros sin trenzar y ligeramente rizados. Esto es más nuevo y más modesto que llevarlos esparcidos como hacen las Inglesas.

P. D. *Barcelona*.—Para conseguir la imitación de la caoba se frota la madera con ácido nítrico diluido en agua: en seguida se aplican, por medio de una brocha suave, una ó dos capas de una disolución compuesta de un litro de alcohol, 50 gramos de sangre de drago y 15 gramos de carbonato de sosa.

Secas estas dos capas, se aplica una tercera, preparada con 50 gramos de laca en hoja, ocho gramos de carbonato de sosa y un litro de alcohol. Se deja secar y se pulimenta con piedra pomez primero, y luego por los medios ordinarios.

L. J. *Madrid*.—Para asistir á la primera comunión de su graciosa nietecilla, aconsejo á V. que, atendiendo á su alivio de luto, lleve V. un vestido de failli gris perla, con volante ancho de encaje negro, y sombrero gris perla con plumas grises y negras.

N. O. *Zaragoza*.—Hé aquí el procedimiento que V. desea saber, para lavar los velos y los encajes. Se pasa todo alrededor de las orillas un hilo ó una seda, como si fuese para fruncirlas, se hace una lazada en cada extremo, y se arrollan los encajes, formando dos ó tres paquetes, atravesados cada uno de ellos con

un hilo muy delgado. Se prepara despues agua de jabon, cociéndola y dejándola enfriar hasta que quede tibia; se empapan en ella los encajes, frotándolos ligeramente y añadiendo un poco de agua caliente.

Se va así echando agua caliente hasta que los encajes queden sin jabon alguno; entonces se sacan, se ponen sobre un paño y se dejan durante algunas horas en una vasija con cerveza. Por último, se extienden sobre una tabla, se tienden las sedas, sujetándolas por las lazadas con un alfiler, para que no hagan pliegues, se cubren con un paño, y se planchan con una plancha muy caliente. Es inútil decir que los encajes deben estar



MONASTERIO DE LAS HUELGAS.

húmedos para que queden tersos y brillantes.

C. M. *Barcelona*.—Es preciso demostrar á los niños la utilidad y la trascendencia del estudio, para que aprendan á amar el trabajo, y no emplear tan solo la violencia y la arbitrariedad de un poder ciego y absoluto. La persuasión obra casi siempre más portentosa que una orden.

Desde mi retiro.—Lamennais ha dicho: "no seas como las plantas que crecen solas; antes bien, uníos los unos á los otros, y prestaos un apoyo mútuo y un mútuo abrigo." También dice Bernardino de Saint Pierre: "si rujen las tempestades, si la noche extiende sus velos, es preciso que el alma del hombre se dirija á la Divinidad como la brújula se dirige hácia el Norte, que le indica la ruta que debe seguir á pesar de las tinieblas."

Aunque tarde, hemos recibido la solución de la charada *Atila* que ha tenido la bondad de remitirnos la señora

Doña Angela Yanguas, y por lo cual la damos las más expresivas gracias.

Soluciones á la charada inserta en el anterior número literario, por la señora Doña Carmen Grizquiz, Doña Salvadora Mier, Doña Lucila Gimenez, Doña Simona Andrade, Doña Pilar Fernandez de Córdoba, Marquesa de Torres Sirgadas, Doña Asuncion de la Calle, Doña María Portaceli, Doña Fernanda Soto, los Sres. D. Bartolomé Quirós, D. Felipe de Celanova, D. Santiago Giron, D. Timoteo Benavente, y el distinguido niño de diez

años, de quien nos hemos ocupado varias veces, D. Ricardo Cortés y Velasco.

Como contraste de este precoz niño, hemos recibido la siguiente bellísima solución, compuesta por un venerable anciano de ochenta años, que conjura el tedio de sus achaques con tan nobles distracciones. Héla aquí:

Muy linda es la flor de lis
Y muy temible la boa.
Mas la flor ¡ay! se secó,
Y al secarse apareció
La cruz roja de Saboya,
Y el monstruo aterrado huyó
Por el Tajo hasta Lisboa.

GERÓNIMO COUDER.

CHARADAS.

I.

Prima y segunda en los buques
Indica cierta señal,
Para hacer la maniobra
Y otras cosas además.

De tertia y prima mi novia
Tiene un traje, y en verdad
Que me trastorna el sentido,
Pues con él muy bella está.

Es prima y cuarta de Italia
Populosa y gran ciudad
Que la baña cierto rio
Famoso por su caudal.

Fué el todo del dios Apolo
Amante muy servicial,
Sacerdotisa tan bella
Que en Delfos no tuvo igual.

I. R y G.

II.

Hermosa prima y tercera
De tertia y prima preclara,
Segunda y tertia discreta,
Segunda y prima gallarda;
Si por mi dicha algun dia,
En el todo te abrazara
Un lindo tertia y segunda
En tu seno colocara.

GERÓNIMO COUDER.

ADVERTENCIA.

La empresa del CORREO DE LA MODA, de acuerdo con la que publica en Cádiz el interesante periódico *Las Buenas Novelas*, notable por todos conceptos, ofrece á sus abonados, que quieran suscribirse á las dos publicaciones unidas, una notable rebaja en sus precios, que son como sigue:

PROVINCIAS.

EL CORREO DE LA MODA. Edición de Lujo con *Las Buenas Novelas*, que reparte cinco números al mes, equivalentes á 40 entregas, de las que comunmente se publican, ilustradas con profusión de magníficos grabados, que hacen su lectura mucho más interesante y recreativa, y una lindísima pieza de música para piano.

Por 1 año.... 180 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 92 " " "

" 3 meses. 48 " " "

EL CORREO DE LA MODA. Edición económica con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 10 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 64 " " "

" 3 meses. 34 " " "

MADRID.

EL CORREO DE LA MODA. Edición de Lujo, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 156 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 80 " " "

" 3 meses. 42 " " "

" 1 mes... 17 " " "

EL CORREO DE LA MODA. Edición económica, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 108 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 56 " " "

" 3 meses. 30 " " "

" 1 mes... 13 " " "

Los señores suscritores al CORREO DE LA MODA que deseen adquirir todo lo publicado de *Las Buenas Novelas*, podrán adquirirlo á razon de 36 rs. al año.

Las señoras suscritoras á la Edición de Lujo recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.